



«Murgis» (bronce)



Desnudo

El escultor José Planes

Por ENRIQUE AZCOAGA

Alguna vez, perdidos en la selva confusa de la escultura contemporánea, hemos pensado ingenuamente, como para saber a qué atenernos, en el beneficio ideal de la misma. En ocasiones, al contacto, por ejemplo, de realidades muy diferentes entre sí de Maillol, de Gargallo, de Despiau o de Clará, no hemos tenido más remedio que repetirnos, con ingenuidad necesaria, aquello de que la escultura no es cosa que los hombres cultiven para evidenciar en un orden determinado cierto número de verdades, con el fin de beneficiarse, sino la forma más absoluta quizá entre las artísticas, por la que una verdad grandiosa y genérica se nos hace ostensible por su mítico vigor. El punto de vista en el arte, revolucionado considerablemente por personalidades y sucesos en los últimos veinticinco años, parece volver a enquistarse—si miramos las cosas con obligado optimismo—en lo que a la pintura se refiere. Pero no ocurre lo mismo en lo que a la escultura respecta. Aquí, las dos tendencias imperantes, igualmente equivocadas, son, por un lado, la de un impresionismo mimético sin grandeza ni gracia y, por otro, el más o menos moderno monumentalismo, que tanto confunde la elocuencia con la intensa grandiosidad. Entre una y otra, la escultura anda perdida. Puesto que la vida, en materia definitiva, no cumple un objetivo escultórico, por mucho caracoleo expresivo que se ponga en función plástica. Ni la verdad pobre cae de forma madura sobre los hombres como verdad plena porque a un «marmolista» más o menos hábil se le ocurra, atacado de gigantismo, perpetuarla en un bloque pétreo sin majestad ni vibración.

Cree el falso escultor que el orden natural, convertido en un orden en piedra, eterniza esa verdad última que la escultura deifica.

Estima el artesano sin concepto escultórico suficiente que una impresión más o menos desnuda, encadenada por las buenas a una unidad corpórea escrupulosamente modelada, puede ser el pretexto para lograr un canon... atacado de cotidianidad. Naturalmente, todavía existen escultores para quienes en la entraña de la piedra, toda la variedad expresiva de que la escultura se vale para eternizar su objetivo trascendente espera la libertad que la plenitud confiere a la estatua. Y, entre ellos, artistas de una humildad adquirida en muchos años de trabajo, como José Planes, para quienes el mito conquistado a la materia informe no es siempre, de por vida, sino un paso más, esforzadamente conseguido, hacia esa liberación absoluta que es la escultura perfecta.

Este artista ha mostrado recientemente un conjunto de sus obras. Entre todo lo presentado por Planes, merece en nuestro concepto destacarse «Desnudo», «Murgis», «Campesina de Coimbra» y «Retrato de la hija del escultor». Porque el concepto o el pretexto vivo supieron potenciarse con suficiencia imprescindible. Y porque en estas obras, José Planes, que ha llegado al verdadero camino, después de frecuentar con gran pasión, pero con poca fortuna en nuestro concepto, un expresivismo escultórico tan «modernista» como decorativo e insuficiente, utiliza la «nobleza» de la materia definitiva para instalar un concepto noble, grandioso, suficiente, aunque mejorable, de lo